CULTURA DE LA PAZ Y LOS CRISTIANOS.

Cristianismo y política

Joseph Ratzinger *

El Estado no constituye la totalidad de la existencia humana ni abarca toda la esperanza humana. El hombre y su esperanza van más allá de la realidad del Estado y más allá de la esfera de la acción política. Y esto es válido no sólo para un Estado al que se puede calificar de Babilonia, sino para cualquier tipo de Estado [incluso "cristiano"]. El Estado no es la totalidad. Esto le quita un peso al hombre político y le abre el camino de una política racional. El Estado romano era falso y anticristiano precisamente porque quería ser el *totum* de las posibilidades y de las esperanzas humanas. Pretendía así lo que no podía realizar, con lo que defraudaba y empobrecía al hombre. Su mentira totalitaria le hacía demoníaco y tiránico. La supresión del totalitarismo estatal ha desmitificado al Estado, liberando la hombre político y a la política.

Pero cuando la fe cristiana, la fe en una esperanza superior del hombre, decae, vuelve a surgir el mito del Estado divino, porque el hombre no puede renunciar a la plenitud de la esperanza. Aunque estas promesas se vayan obteniendo mediante el progreso y reivindiquen exclusivamente para sí el concepto de progreso, son, sin embargo, históricamente consideradas, un retroceso a un estadio anterior a la buena nueva cristiana, una vuelta hacia atrás en el camino de la historia. Y aunque vayan propalando como objetivo propio la liberación total del hombre, la eliminación de cualquier dominio sobre el hombre, entran realmente en contradicción con la verdad del hombre y con su libertad, porque reducen el hombre a lo que él puede hacer por sí solo. Semejante política, que convierte al Reino de Dios en un producto de la política y somete la fe a la primacía universal de la política, es, por su propia naturaleza, una política de la esclavitud; es política mitológica.

La fe opone a esta política la mirada y la medida de la razón cristiana, que reconoce lo que el hombre es realmente capaz de crear como orden de libertad y, de este modo, encontrar un criterio de discreción, consciente

de que su expectativa superior está en manos de Dios. El rechazo de la esperanza que radica en la fe es, al mismo tiempo, un rechazo del sentido de la medida en la razón política. La renuncia a las esperanzas míticas es propia de una sociedad no tiránica, y no es resignación, sino lealtad, que mantiene al hombre en la esperanza. La esperanza mítica del paraíso inmanente y autárquico sólo puede conducir al hombre a la frustración; frustración ante el fracaso de sus promesas y ante el gran vacío que le acecha; una frustración angustiosa, hija de su propia fuerza y crueldad.

El primer servicio que presta la fe a la política es, pues liberar al hombre de la irracionalidad de los mitos políticos, que constituyen el verdadero peligro de nuestro tiempo. Ser sobrios y realizar lo que es posible en vez de exigir con ardor lo imposible ha sido siempre cosa difícil; la voz de la razón nunca suena tan fuerte como el grito irracional. El grito que reclama grandes hazañas tiene la vibración del moralismo; limitarse a lo posible parece, en cambio, una renuncia a la pasión moral, tiene el aspecto del pragmatismo de los mezquinos. Sin embargo, la moral política consiste en resistir la seducción de la grandilocuencia con la que se juega con la humanidad, el hombre y sus posibilidades. No es moral el moralismo de la

aventura que pretende realizar por sí mismo lo que es Dios. En cambio, sí es moral la lealtad que acepta las dimensiones del hombre y lleva a cabo, dentro de esta medida, las obras del hombre. No es en la ausencia de toda conciliación, sino en la misma conciliación donde está la moral de la actividad política.

A pesar de que los cristianos era perseguidos por el Estado romano, su posición ante el Estado no era radicalmente negativa. Reconocieron al Estado en cuanto Estado, tratando de construirlo como Estado según sus posibilidades, sin intentar destruirlo. Precisamente porque sabían que estaban en "Babilonia", les servían las orientaciones que el profeta Jeremías había dado a los judíos deportados a Babilonia. La carta del profeta transcrita en el cap. 29 del libro de Jeremías no es ciertamente una instrucción para la resistencia política, para la destrucción del Estado esclavista, ni se presta a tal interpretación. Por el contrario, es una exhortación a conservar y a reforzar lo bueno. Se trata, pues, de una instrucción para la supervivencia y, al mismo tiempo, para la preparación de un porvenir nuevo y mejor. En este sentido, esta moral del exilio contiene también elementos de un *ethos* político positivo. Jeremías no incita a los judíos a la resistencia ni

a la insurrección, sino que les dice: "Edificad casas y habitadlas. Plantad huertos y comed de sus frutos... Procurar la paz de la ciudad adonde os trasladé; y rogad por ella al Señor, porque en la paz de ella tendréis vosotros paz" (Jr. 29, 5-7).

Muy semejante es la exhortación que se lee en la carta de Pablo a Timoteo, fechada tradicionalmente en tiempos de Nerón: "(Rogad) por todos los hombres, por los emperadores y por todos los que están en el poder, a fin de que tengamos una vida quieta y tranquila en toda piedad y honestidad". (1 Tm 2,2). En la misma línea se desarrolla la carta de Pedro con la siguiente exhortación: "Vuestro comportamiento entre los paganos sea irreprensible, a fin de que, por lo mismo que os censuran como malhechores, reflexionando sobre las obras buenas que observan en vosotros, glorifiquen a Dios en el día del juicio". (1 P 2,12). "Honrad a todos, amad a vuestros hermanos, temed a Dios, honrad al rey" (1 P 2,17). "Ninguno de vosotros tenga que sufrir como homicida, o ladrón, o malhechor, o delator. Pero si uno sufre como cristiano, que no se avergüence; que glorifique más bien a Dios por este nombre". (1 P 4,15 a)

¿Qué quiere decir todo esto? Los cristianos no eran ciertamente gente sometida

angustiosamente a la autoridad, gente que no supiese de la existencia del derecho a resistir y del deber de hacerlo en conciencia. Precisamente esta última verdad indica que reconocieron los límites del Estado y que no se doblegaron en lo que no les era lícito doblegarse, porque iba contra la voluntad de Dios. Por eso precisamente resulta tanto más importante el que no intentaran destruir, sino que contribuyeran a regir este Estado. La antimoral era combatida con la moral, y el mal con la decidida adhesión al bien, y no de otra manera. La moral, el cumplimiento del bien, es verdadera oposición, y sólo el bien puede preparar el impulso hacia lo mejor. No existen dos tipos de moral política: una moral de la oposición y una moral del poder. Sólo existe una moral: la moral como tal, la moral de los mandamientos de Dios, que no se pueden dejar en la cuneta ni siquiera temporalmente, a fin de acelerar un cambio de situación. Sólo se puede construir construyendo, no destruyendo. Esta es la ética política de la Biblia, desde Jeremías hasta Pedro y Pablo.

El cristianismo es siempre un sustentador del Estado *en el sentido* de que él realiza lo positivo, el bien, que sostiene en comunión los Estados. No teme que de este modo vaya a contribuir al poder de los malvados, sino que

está convencido de que siempre y únicamente el reforzamiento del bien puede abatir al mal y reducir el poder del mal y de los malvados. Quien incluya en sus programas la muerte de inocentes o la destrucción de la propiedad ajena no podrá nunca justificarse con la fe. Explícitamente es lo contrario a la sentencia de Pedro: "Pero jamás alguno de vosotros padezca por homicida o ladrón" (1 P 4,15); son palabras que valen también ahora contra este tipo de resistencia. La verdadera resistencia cristiana que pide Pedro sólo tiene lugar cuando el Estado exige la negación de Dios y de sus mandamientos, cuando exige el mal, en cuyo caso el bien es siempre un mandamiento.

De todo esto se sigue una última consecuencia. La fe cristiana ha destruido el mito del Estado divinizado, el mito del Estado paraíso y de la sociedad sin dominación ni poder. En su lugar ha implantado el realismo de la razón. Ello no significa, sin embargo, que la fe haya traído un realismo carente de valores: el de la estadística y la pura física social. El verdadero realismo del hombre se encuentra el humanismo, y en el humanismo se encuentra Dios. En la verdadera razón humana se halla la moral, que se alimenta de los mandamientos de Dios. Esta moral no es un asunto privado; tiene valor y resonancia pública. No puede existir una

buena política sin el bien que se concreta en el ser y el actuar. Lo que la Iglesia perseguida prescribió a los cristianos como núcleo central de su *ethos* político debe constituir también la esencia de una actividad política cristiana: sólo donde el bien se realiza y se reconoce como bien puede prosperar igualmente una buena convivencia entre los hombres. El gozne sobre el que gira una acción política responsable debe ser el hacer valer en la vida pública el plano moral, el plano de los mandamientos de Dios.

Si hacemos así, entonces también podremos, tras el paso de los tiempos de angustia, comprender, como dirigidas a nosotros personalmente, estas palabras del Evangelio: "No se turbe vuestro corazón" (Jn. 14,1). "Porque por el poder de Dios estáis custodiados mediante la fe para vuestra salvación...".

Fuente: Revista Católica Internacional *Communio*, 2ª. Época, Año 17, julio-agosto de 1995

-Proposiciones católicas y ortodoxas-

(Arezzo – 26 febrero 2000)

Felipe Santos, SDB

Pamplona-11-12-08

Introducción

1. Es difícil en un tiempo en el que el mundo se ha convertido en una aldea planetaria, no estar al corriente y concernido por todas las guerras, pequeñas y grandes, que se han desarrollado y se desarrollan todavía en nuestra tierra. Es todavía más difícil darse cuenta cuán enormes y peligrosos son los arsenales de armas nucleares, clásicas y otras, que poseen algunos países sin hablar de los gastos que se

llevan para producir, mantenerlas y comercializarlas, y que privan a los pobres

medios necesarios a su desarrollo. Seríamos si no viéramos la diferencia cada vez más grande entre ricos y pobres, entre poderosos y sin poder; el aumento de las numerosas violaciones de los derechos del hombre y de pueblos enteros. Las injusticias sociales, las opresiones de opinión, la privación de libertades individuales y colectivas, la negación del derecho de los pueblos a su autodeterminación, las ocupaciones de los territorios por la fuerza militar son factores de alto riesgo que provocan a menudo guerras y revueltas violentas y sanguinarias. Los pueblos entran en el ciclo dialéctico e infernal: injusticia (a menudo acompañada de una opresión) – revuelta – represión.

Pero no son más que algunas razones tras el desencadenamiento de la violencia, sobre todo armada, en el mundo.

También habría que mencionar algunas otras que ponen de manifiesto el orden irracional, a saber: los sentimientos nacionalistas exacerbados, la xenofobia, el racismo así como toda forma de negación del Otro y de su derecho a existir dignamente en su alteridad, los conflictos interreligiosos, pero también intrarreligiosos, la conciencia histórica colectiva a menudo maltratada y humillada que busca tomar revancha y cree en la venganza …. Tantos factores irracionales susceptibles de empujar a un grupo de individuos – a menudo pueblos enteros –a actos de violencia delirantes e incontrolables.

Por desgracia, muchas cristianas y cristianos no se sienten directamente concernidos –al menos al nivel de la fe – y todavía menos interpelados frente a este tipo de situaciones. Se puede clasificarlos en dos categorías: la primera se inquieta únicamente por la salvación de las almas y considera que la Iglesia no debe mancharse por políticas mundanas pues todo lo que es del orden de lo material en este mundo es transitorio y perecedero y será reemplazado en el Reino de Dios futuro por lo imperecedero y lo espiritual. La segunda categoría que es indiferente a este género de crisis considera que es a los responsables políticos y gubernamentales encontrar soluciones a los conflictos y que los cristianos no deben mezclarse en política.

Estas dos categorías se unen en un género de monofisismo empujado al extremo que velaría o negaría la naturaleza humana de nuestro Señor y por consiguiente su encarnación.

Una teología cristiana de la paz?

2. Es evidente que cuando la Iglesia se compromete en un proceso de educación y de cultura por una paz justa que lleva necesariamente a una salvaguarda de la creación – para retomar el tema famoso de la Unión Ecuménica Europea de Bâle en mayo (15-21) 1989, que se tomó en serio por todas las Iglesias que habían participado en ella, hubiera evitado sin duda en Europa las recientes catástrofes que ha conocido – lo hace teológicamente y no políticamente.

Debe desarrollar una teología de la paz basada en las Escrituras y en su tradición viva heredada de los Padres y renovada y actualizada en el Espíritu que actúa en ella. Una teología anclada en la Palabra de Dios no puede ser abstracta, intelectual e insignificante para las mujeres y los hombres de hoy para la clase política y para los gobernantes. Una tal teología no debe ser complaciente respecto a la lógica del más fuerte que domina este mundo. No puede ser tampoco moralizante y diabolizar a los pecadores enviándolos al infierno y bendecir a los buenos prometiéndoles el paraíso.

¿Cuál es la especificidad de una tal teología cristiana de la Paz que incumbe a las cristianas y a los cristianos un papel particular en una cultura de la paz?

2.1. Ante todo, haría falta partir del hecho de que la Iglesia está muy comprometida en la Historia. Ella está inculturada en el mundo por el hecho de la Encarnación del Señor, pero pone sus lentes escatológicas haciendo su lectura de la historia e interpretando los signos de los tiempos del hecho de la resurrección de su Señor. Se coloca más allá, no para juzgar el mundo sino para transfigurarlo en Iglesia lista para recibir a su Esposo. En esta óptica escatológica, una dialéctica entre el “ya” y “todavía no” está su obra. Es plenamente vivida en la Eucaristía. En efecto, cada vez que nos reunimos alrededor del obispo en esta comunidad eucarística, hacemos memoria de todos los acontecimientos salvíficos que se han hecho por nosotros: la Cruz, la Tumba, la Resurrección al tercer día, la Ascensión al cielo, la Sede a la derecha del Padre, así como la gloriosa y segunda venida del Señor.

Al recordar el segundo advenimiento de su Señor, la Iglesia confiesa que ya está en el Reino y vive ya lo que vendrá. Si las cristianas y los cristianos no viven como resucitados, vana será su reivindicación de un papel particular, de una lectura particular que afecte a su vida diaria. Nada los distinguirá ya de una asociación humanista que lucha y trabaja por la no-violencia, la paz, los derechos del hombre, etc. Este posicionamiento en el más allá el que nos permite dar a la noción de paz su plena dimensión humana y bíblica que engloba a todo el ser.

2.2. Desde aquí abajo también podemos hacer lo que el Metropolita Georges Khodr llama «una lectura *kenótica»* de las Escrituras que propone para completar una lectura tipológica hecha por algunos Padres de la Iglesia y que se retoma a menudo en la himnografía bizantina, y que velaría su sentido histórico. Es

Cristo rebajado de la forma de Dios a la forma de hombre, de la forma de hombre a la forma de esclavo a la muerte en la cruz (Flp 2,5-11), es el Cristo “vaciado” de su divinidad que es – - el revelador y el lugar del discurso divino-. Dios, de este hecho, no fue el autor de los sufrimientos de Canaán y de los pueblos conquistados. Cuando Josué mandaba el ejército, el que llevaría más tarde el mismo nombre, estaba entonces, en presencia de Abrahán, del lado de la víctima, como estaba del lago de Isaac cuando el Dios de Abrahán le mandaba ofrecer a su hijo en sacrificio. Yahweh no se había revelado todavía con su brazo extendido y su mano poderosa, pero en la debilidad misma de los que aplastaban los ejércitos de Dios Sabaoth (de los ejércitos). Este era una simple lectura que Israel se hacía de su propio poder. Israel era el pueblo de Dios pero no el cuerpo de Yahvé.

Esta realidad del cuerpo de Dios no se había revelado ante la kénosis intertrinitaria y sin que fuese realizado anulación de amor obrada por Jesús. Fue preciso que en el sufrimiento, el Señor alcanza la perfección de su humanidad para que se conociera la perfección misma de Dios.

Sin esta lectura kenótica de las Escrituras, sobre todo del Antiguo Testamento, nos sería difícil nos deslizarnos por una teología que justificara algunas formas de violencias. Sin esta lectura, se arriesgaría no ver el rostro de Cristo en cada oprimido, en cada rebelde y en cada víctima cualquiera, independientemente de su pertenencia étnica, racial, nacional, religiosa u otra.

2.3 Es aquí abajo también que haría falta que se haga una lectura crítica de la Historia de la Iglesia tanto en Oriente como en Occidente.

Es aquí abajo donde sería preciso que nos preguntemos cómo se ha podido desarrollar una teología de la “guerra justa”(que ha servido para justificar la demolición de todo un país y de aniquilar prácticamente todo un pueblo, sea Irak o Yugoslavia). ¿Cómo se ha podido cantar en la Acatista que la Madre de Dios es la muralla del imperio Bizantino (por otra parte se continúa siempre haciendo lo mismo tras la caída del imperio). ¿Cómo se puede afirmar que la cruz es el poder de los reyes y de los emperadores? ¿Cómo obispos pueden bendecir carros que salen para la guerra y ejércitos o milicianos que se preparan para matar? ¿Hay una teología del «djihad» cristiano frente a una «djihad» islámica? ¿Cómo se puede aprovechar de la debilidad de una Iglesia para arrancarle sus fieles? ¿Confundimos Misión y Evangelización con proselitismo?

Nos hace falta mucho valor en nuestra teología para hacerla significativa y portadora de elementos de respuesta a un mundo que tiene tanta necesidad y que nos interpela sin cesar.

Papel de los Cristianos en una cultura de la paz. Algunas proposiciones:

3. Una teología cristiana que se concibe y se expresa en la Iglesia icono del Reino y que interpreta las Escrituras a la luz de Cristo servidor de Yahvé, cordero de Dios inmolado y resucitado, y que permanece crítico frente a sí misma y de la historia de la Iglesia con vistas a actualizar el kerigma de su Señor, tendrá mucho que decir hoy al mundo sobre todo en materia de paz, justicia y salvaguarda de la creación. Una tal teología podría expresarse partiendo de cuatro ejes que encuentro significativos para los cristianos porque retoman nuestra

oración antes de nuestra metanoia,
nuestro arrepentimiento,
Nuestra vuelta al Señor: «Señor, perdóname porque he pecado de palabra, pensamiento, actos y por omisión». Una contribución de las cristianas y de los cristianos a favor de la cultura por la paz debería ser de palabra, pensamiento, actos y no omitir cosas que debería hacer.

Las Iglesias deberían clara y unánimemente tomar posiciones sistemáticas a favor de los desheredados de la tierra, los oprimidos, pobres, víctimas, marginados en nuestra sociedad en donde estén y sean los que sean. Deberían también denunciar públicamente los sistemas políticos y sociales que favorecen la formación de bolsas de injusticia, así como toda inclinación nacionalista que mezclaría la fe y la etnia, religión y nación.

Ellas deberían constantemente **condenar** toda forma de xenofobia y de racismo recordando a los fieles principios de base elementales del Evangelio de nuestro Señor.

Al nivel del pensamiento, los cristianos deber crear froums de diálogo susceptibles de ayudarlos a conocerse mejor y a conocer mejor a los otros. Como lo dijo monseñor Jean de Pergame (Zizioulas): "El diálogo es una etapa que va más allá de la tolerancia. Implica que se admita que el Otro, el diferente, exista no solamente para existir –lo que significa tolerancia- sino que exista como alguien que tiene algo que decirme y que debo escuchar seriamente, compararla con mis convicciones propias y examinarla a las luz de estas convicciones".

Los cristianos y las cristianas no pueden ya vivir en "ghettos" y esconder la cara y no ver la diversidad religiosa y la diversidad laica y

secular en el mundo. Entrar en diálogo con los Otros (sean de religiones o corrientes filosóficas) se convierte en un imperativo teológico. Este género de diálogo debe ser constructivo y lo es en la medida en que permanecemos fieles a la Verdad que está en Cristo sin relativizar y sin comprometerse con un género de sincretismo filosófico-religioso. De donde:

3.2.1. Un diálogo intra-religioso o ecuménico se impone. Lejos de minimizar el papel y la importancia del diálogo oficial entre las Iglesias, sobre todo entre la Iglesia Católica y la Ortodoxa, o en el seno del COE, es muy importante ampliar el espectro de este diálogo para que comprenda varias capas de cristianos en contextos menos formales.

3.2.2. Los intercambios académicos y los vínculos de amistad entre Institutos y Facultades de teología van también en este

sentido de refuerzo del diálogo entre las Iglesias y por consiguiente acelera el proceso de acercamiento entre ellas con vistas a una unidad visible.

3.2.3. Estos foros informales de diálogo deben también englobar una dimensión inter-religiosa hasta humana. Esta dialéctica entre el “ya” y el “todavía no” que es obra de la Iglesia, tiene como consecuencia que la Iglesia concibe su identidad más allá de las fronteras canónicas. Por tanto busca transfigurar el mundo en Iglesia pero está al mismo tiempo en la búsqueda del rostro radiante del Señor donde está y donde decide estar y donde el Espíritu Santo la lleva.

En este sentido, no es inverosímil que la Iglesia halle la cara de su Señor en la belleza que existe en el mundo, en la música, y por qué no en las otras religiones.

Estos foros de diálogo Inter-religioso deben examinar cuestiones que afectan de cerca a la existencia humana y a la relación del Hombre con su Creador y con la creación. Un acercamiento entre ellas sólo puede servir a la causa de la Paz en el mundo.

Los actos de solidaridad de los cristianos y cristianas para con sus hermanos y hermanas en la humanidad es un imperativo evangélico y debe aplicarse con una gratuidad kenótica. Todo acto de caridad que apuntara a la conversión del otro no puede considerarse nada más que como un contre testimonio evangélico.

En la introducción, mencionaba una categoría de cristianos que no se interesan nada más que por la salvación de las almas y otra que no se mezcla en cuestiones que cree mundanas. ¿No podría considerarse como un pecado de omisión? ¿Se puede concebir a

cristianas y cristianos inertes frente a los sufrimientos y a las injusticias en este mundo? ¿Es que una religión, o incluso una filosofía, puede ser o considerarse apartada del mundo? Una religión puede y debe tener su acercamiento al mundo y a la Historia pero no puede en ningún caso despreciarlos. El cristianismo por su parte, aunque no se conciba como una religión en el sentido sociológico del término, cuando se sitúa en el más allá, en la altura para interpretar los signos de los tiempo, lo hace estando en el mundo. Se mezcla en él sin “mojarse”. Está implicado sin identificarse en él. La Iglesia está en el mundo reflejando la vida del Reino.